

Richard L. Kagan *Urban images of the Hispanic world, 1493-1793.*

Yale: Yale University Press, 2000. 248 páginas. ISBN 0-300-08314-9

Aristides Ramos Peñuela
Pontificia Universidad Javeriana (Colombia)

La ciudad como objeto de estudio historiográfico ha tenido un desarrollo muy indirecto en la investigación histórica. Las investigaciones han estado encaminadas a destacar sus aspectos funcionales en términos de espacios económicos, expresiones sociales o políticas en contextos amplios, pero en muy pocos casos ha sido estudiada en función de los aspectos simbólicos expresados en ideas específicas de ciudad.

La ciudad en la historiografía colonial se examinó en función del papel que cumplió en los procesos de conquista y expansión colonial, en tanto que ella definió en un primer momento la jurisdicción, que fue un aspecto sensible para las huestes conquistadoras y para el estado colonial en el siglo XVI.

El trabajo de Richard Kagan explora un nuevo concepto de ciudad en términos de las imágenes y representaciones particulares que de ella construyeron no sólo los grupos criollos sino también las sociedades indígenas. Para ello el autor utiliza intensamente las representaciones cartográficas y las imágenes de ciudad, considerando a la primera más allá de sus sentido práctico, utilitario o corográfico, y a la segunda más allá de sus consideraciones pictóricas, lo cual hace posible entenderlas en un amplio sentido cultural. Al respecto Kagan introduce la pregunta: ¿las representaciones particulares de las ciudades deben tratarse como guías indicativas del aspecto que tenía una ciudad en un momento histórico o deben tratarse como creaciones artísticas que pretendían algo más que la mera representación directa de la ciudad como ente físico?

Éstas formulaciones iniciales le permiten al autor apartarse de marcos interpretativos ofrecidos por la cartografía o el arte en el estudio de las imágenes de ciudad, para colocarlas en una perspectiva cultural que analiza la relación forma y función como una estrategia metodológica, que incorpora en el estudio de las vistas urbanas las circunstancias que rodearon su creación y los usos que le dieron en su momento. Esto en opinión del autor, obliga a adoptar una perspectiva interdisciplinar que haga posible incorporar los aspectos subjetivos y los objetivos o cartográficos que se encuentran en las vistas urbanas, tendencia abierta en los estudios coordinados por David Buisseret en 1998 *Envisioning the city: six studies in urban cartography*.

Luego de éstas consideraciones preliminares consignadas en el primer capítulo titulado “*Urbs and Civitas*” el autor reseña las definiciones clásicas de ciudad en la antigüedad y la manera como van a ser redefinidas por San Agustín, en las cuales de una u otra manera están presentes las distinciones clásicas de *civitas*, como asociación humana y el *urbanitas* como unidad física, y que se convierten en paradigmáticas en el siglo XVIII cuando prevalece el concepto de ciudad

como comunidad. En este orden de ideas y entendiendo ciudad como construcción humana, Kagan no la limita a los españoles. Incas, aztecas y criollos pensaron, escribieron y representaron sus ciudades, “otorgándoles un lugar único en la historia tanto humana como divina”. En esta perspectiva Kagan introduce un nuevo concepto “vista comunicétrica” que sería la expresión visual de la *civitas*, que en muchos casos tenía connotaciones religiosas, pues habitualmente constituía la expresión de una comunidad reunida en el culto, lo que implicaría que la idea de ciudad sería una imagen mental común, de acuerdo a la definición que el autor toma de Kevin Lynch.

Una vez realizadas las precisiones conceptuales en el primer capítulo, el autor aborda la temática de la ciudad en función de los papeles cumplidos por ésta en el proceso de conquista y colonización española en América, con base en dos conceptos centrales que le permiten titular el segundo capítulo: “piedad y policía”. La ciudad fue definida como corporación municipal, de la cual se derivaron privilegios legales, derecho a su propio gobierno y jurisdicción y por supuesto la recolección de impuestos y administración de justicia. Pero quizás su función principal fue la de convertirse en un instrumento eficaz en los procesos de evangelización en tanto ofreció una imagen de la *civitas* asociada a iglesias y edificios públicos.

La asociación ciudad y policía hizo parte inicialmente de la retórica imperial destacando el papel cumplido por ésta en los procesos de conquista y pacificación, en la cual se introdujo y resignificó nuevamente la distinción entre civilización y barbarie. La ciudad en este orden de ideas permitió que los soldados se transformaran en ciudadanos, es decir, viviendo en policía, entendida esta como vida en comunidad y ciudadanos organizados en “república”.

La mentalidad criolla pronto acogió el concepto de ciudad, connotando inicialmente la idea de patria en oposición a región o reino. Un buen ejemplo de ello son los esfuerzos escriturales de cronistas como Francisco Cervantes Salazar, el cual describe la ciudad en función de su clima, la fecundidad de las tierras, el excelente gobierno y la piedad de sus ciudadanos, siendo elementos centrales del discurso de autoafirmación criollo.

Posiblemente el autor con la idea de no reducir la representación de ciudad a la comunidad criolla, introduce en el capítulo tres una interesante discusión sobre el encuentro cartográfico entre España y América. La pregunta que estructura el capítulo, es hasta qué punto eran diferentes las tradiciones cartográficas de Europa y América. Inicialmente plantea una hibridación producto del encuentro de las dos tradiciones, lo cual implicaría que fueron más los puntos de contacto que las diferencias profundas. Idea que controvierte lo planteado por Gruzinsky en el sentido de que los tlacuilos fueron profundamente alterados al asimilar las tendencias cartográficas europeas. Al contrario Kagan afirma que la cartografía que llegó a México con Cortés estaba en cierta manera tan alejada de los grandes cartógrafos de Europa como la practicada por los tlacuilos, que al igual que los anteriores representaban el espacio de manera más simbólica que topográfica, prevaleciendo lo que algunos teóricos llaman mapas de experiencia, es decir el mundo en términos locales, personales e históricos.

En un esfuerzo interesante, Kagan realiza una lectura de la cartografía indígena posterior a la conquista de Cortés en 1521, concluyendo que las comunidades tratan de inventarse una tradición cartográfica. En ella aparece el registro de dioses, personas, lugares y fechas relacionada con la historia de los diversos altepetles. La mayoría de los códices, como se sabe, fueron destruidos por el pánico que los religiosos sintieron por la idolatría. Este obstáculo en cierta manera es subsanado por el autor con base en la lectura de nuevas fuentes como los mapas que las sociedades indígenas elaboraron con el propósito de resolver conflictos territoriales o de límites. En ciertos casos Kagan destaca que algunos mapas indígenas fueron incorporados en las relaciones geográficas, que a pesar de ser de finales del siglo XVI contienen muchos elementos prehispánicos. Estas evidencias sobre una cartografía indígena el autor las encuentra para el caso de los incas con base en los registros del escribano Juan de Betanzos que se asentó en el Cuzco en 1542 e igualmente en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso en los cuales se hace referencia a agrimensores y menciona como los incas sabían “pintar y hacer [...] el modelo y dibujo de sus pueblos y provincias” (p. 47). Lo anterior le permite al autor afirmar la existencia de personas en las sociedades indígenas capaces de medir el entorno y representarlo en maquetas a escala o bien en superficies planas tanto para el caso de Perú como de México. De esta manera el autor niega lo que han planteado algunos investigadores en el sentido de que las sociedades indígenas fueron incapaces de representar “el espacio como espacio es decir de forma abstracta y sin hacer referencia ni a la historia ni a lo divino” (p. 52).

A pesar de lo anterior, el autor nos plantea que en el caso de las sociedades indígenas predominó una subordinación de la geografía a la historia, bastante evidente en el caso de los tlacuilos. Ellos fueron en cierta manera los guardianes de la historia en la medida en que interpretaban el mundo más en términos humanos que geográficos, ya que el espacio no tenía una existencia abstracta independiente: pertenecía a la gente que lo habitaba, siendo los mapas un manual para la memoria y fuente de identidad especialmente para los altepetles (p.52).

En el numeral dedicado a la cartografía española el autor señala dos perspectivas en su desarrollo. Una científica, circunscrita a la casa de contratación de Sevilla y otra relativamente popular, sin mayores refinamientos técnicos pero con algunos esfuerzos en la medición y la escala. El planteamiento que ofrece Kagan al respecto es que las dos cartografías coexistieron y la última se asemejó a las representaciones hechas por los tlacuilos en la cual prevalece una particular visión del mundo.

Como corolario del capítulo el autor analiza dos imágenes de ciudades hispanoamericanas: Tenochtitlán (México) y Qosco (Cuzco), en ambas se destaca el simbolismo. Para el caso mexicano la imagen de ciudad ofrecida por Cortés destaca el cepo, los ídolos y las pirámides con la finalidad de transmitir una idea de ciudad poblada por idólatras. Para el caso del Cuzco igualmente primó el simbolismo sobre la realidad, es decir, una geografía moralizada.

El estudio continúa con un análisis sobre las imágenes que los viajeros no españoles construyeron de Hispanoamérica, la cual se podría resumir como una imagen congelada del siglo XVI. Situación comprensible ya que gran parte de la información con la que contaron los viajeros en el

transcurso del periodo colonial fue el resultado de la lectura que realizaron de los cronistas, producto de las limitaciones que el Estado colonial les impuso para obtener una información mucho más amplia sobre América.

La visión comunicétrica, concepto central en el trabajo de Kagan, es desarrollado de una manera sistemática en el capítulo V. El autor caracteriza las imágenes que estudia como profundamente “idiosincréticas”, lo cual condujo a una cartografía con deliberadas alteraciones topográficas. Sin duda, en ellas se intentaban destacar aspectos centrales de la identidad comunal como plazas y catedrales, elementos que fueron vitales para los grupos sociales criollos que intentaron exaltar una ciudad a expensas de otras, en la perspectiva simbólica de presentar la ciudad alejada del mundo de la barbarie, con propósitos morales y cívicos que sustentaron el autoengrandecimiento. Al igual que en el capítulo sobre el encuentro cartográfico, el autor incorpora en el análisis de las vistas comunicétricas las elaboraciones particulares de los indígenas. Destaca el modelo de Nazca, expresión arquitectónica para fines funerarios, lo que implica una idea de geografía sacra, en la cual el mundo del fallecido se proyecta en una representación simbólica. Este contexto lo compartirían los nayarita del oeste de México (500 a. C. 300 a.C.) y el Cuzco como una huaca gigantesca. La visión comunicétrica elaborada por los indígenas, es analizada adicionalmente a través de diversas fuentes como los mapas que artistas indígenas elaboraron para los funcionarios españoles y algunos lienzos, que de acuerdo al estudio son una auténtica expresión indígena, con su historia y tradiciones. El caso de Guamán Poma de Ayala en su *Nueva crónica y buen gobierno*, constituye una visión particular de las ciudades del Perú, pero a diferencia de otras expresiones indígenas, en él prevalece la visión española de ciudad construida con base en dos principios centrales: piedad y policía. En este orden Cuzco y Lima son altamente valoradas por el cronista en contraste con Huamanga y Trujillo.

La comunidad criolla es el epílogo a las visiones comunicétricas, en ella Kagan recoge los resultados de una amplia tradición historiográfica sobre el criollismo que en gran parte ha descansado sobre sus particulares expresiones a nivel político y escritural, en un esfuerzo permanente por afirmarse frente a sus competidores peninsulares, y por supuesto, en controvertir las políticas del Estado colonial que de manera permanente trató de limitar sus aspiraciones. Frente a este contexto, el interés de Kagan es el de examinar el criollismo en función de sus expresiones simbólicas asociadas a las imágenes de ciudad. Un aspecto central en estas representaciones fue el de presentar la ciudad como comunidad santa. Procesiones religiosas, peregrinaciones y fiestas fueron en este sentido los principales motivos de representación ciudadina por parte de la comunidad criolla que fue muy sensible frente a la exaltación pública de la fe y la piedad. La consagración de las diversas ciudades hispanoamericanas a un patronato mariano sería una de las principales expresiones de esta mentalidad y sus particulares conflictos, especialmente entre las órdenes religiosas que rivalizaron incansablemente por el prestigio y por convertir determinado sitio en centro de peregrinación con claros intereses económicos.

Las Imágenes de ciudad de México, Lima, Cuzco y Potosí concluyen el estudio. México como la Jerusalén del Nuevo Mundo, Lima como el paraíso occidental, Cuzco como la república cristiana, y Potosí como honor y gloria de América. Expresiones que sintetizan muy bien la manera como

las elites se afirmaron y se naturalizaron en los nuevos territorios y para ello la ciudad sería algo más que un simple espacio físico.

En justicia el trabajo de Richard Kagan es un aporte muy importante no sólo para el estudio de las ciudades sino de los valores y la mentalidad de las comunidades criollas en especial, que en el caso hispanoamericano no pudieron concebirse por fuera de un marco de ciudad.